

El proceso de paz en Irlanda del Norte

Brian Lennon

El proceso de paz en Irlanda del Norte lleva mucho tiempo en marcha. Pero es difícil que la gente se ponga de acuerdo sobre su duración concreta. Hay incluso quien sostiene que no ha habido ningún proceso de paz. En Irlanda del Norte, disentimos sobre casi todo. Yo, personalmente, creo que ha habido un proceso de paz y que continúa evolucionando, aunque sea de forma lenta y dolorosa. En este artículo, quiero esbozar los principales factores que contribuyen a su supervivencia. Luego, mencionaré con brevedad los mayores obstáculos que afrontamos en el proceso. A continuación, pasaré revista a un número limitado de opciones para abordar el pasado. Por último, bosquejaré algunas alternativas de cara al futuro.

El artículo se inspira en gran medida en mi libro *Peace Comes Dropping Slow: Dialogue and Conflict Management in Northern Ireland*.

Mis comentarios están muy influidos por mi trabajo con «Community Dialogue» durante los últimos siete años. Esta organización fue fundada por un grupo de gente en 1997, varios meses antes de que se firmara el Acuerdo de Viernes Santo (*Good Friday Agreement*) de abril de 1998. El grupo estaba formado por personas que disentían radicalmente sobre casi todas las cuestiones políticas. Uno de ellos era un orangista que había participado de forma muy activa en la organización de desfi-

les a través del sector nacionalista de Portdown. Por mi parte, yo me había alineado en el bando opuesto en dicha controversia, pues no consideraba correcto que una organización mayoritaria como la Orden de Orange pudiera desfilar por barrios nacionalistas cuando, a todas luces, los nacionalistas no disfrutaban de los mismos derechos en la ciudad.

las tres preguntas que nos dirigimos en el diálogo mutuo son: ¿Qué es lo que deseas en el área social y política? ¿Por qué lo deseas? Partiendo de que los demás disienten de ti, ¿qué estarías dispuesto a aceptar?

Sin embargo, ambos, junto con los demás miembros del grupo, creíamos en el diálogo. Nuestro concepto de lo que esto significa se transformó y desarrolló con el transcurso de los años. Al final, nos concentramos en tres preguntas: ¿Qué es lo que deseas en el área social y política? ¿Por qué lo deseas? Partiendo de que los demás disienten de ti, ¿qué estarías dispuesto a aceptar?

Nos hemos dado cuenta de que estas preguntas son importantes,

porque empujan a las personas hacia aquello que les concierne en cuanto individuos. Les llevan a considerar críticamente sus posiciones políticas, en algunos casos por primera vez. Y ello, cuando comparten con amigos y compañeros las perspectivas obtenidas en una experiencia de diálogo, repercute en la comunidad en la que viven. Esto acontece sobre todo si se trata de personas influyentes en su ámbito local y si varios individuos del mismo grupo toman parte en actividades de «Community Dialogue» durante un periodo de tiempo.

El cambio que se produce no afecta tanto a la posibilidad de acuerdo cuanto al mutuo reconocimiento. Valga como ejemplo el de un unionista que, en su primera experiencia de diálogo, asistió a un encuentro de dos días en el que también estaba presente un conocido republicano. El primer día habló poco. El segundo día, sin embargo, en un pequeño grupo del que, junto con algunos jóvenes, formaban parte tanto el republicano como él, dijo: «Jóvenes, quiero que sepáis que, sólo por el hecho de que estoy sentado aquí con él (señalando al republicano), esto no es fácil para mí». Hizo una pausa y, mirando al republicano, añadió: «Aunque, pensándolo bien, supongo que tampoco será fácil para

él». Al oír esto, el republicano se volvió hacia él y dijo: «No, no lo es, pero me alegro de que estés aquí». A continuación, los dos hombres se estrecharon la mano.

Cuando presento las reglas fundamentales de nuestras sesiones de diálogo, a veces digo que, en la práctica, hacemos cien preguntas... pero todas son la misma pregunta: ¿qué es lo que realmente quieres? A los participantes, les lleva su tiempo reconocer esta pregunta. También les lleva tiempo caer en la cuenta de que es una pregunta dirigida individualmente a cada uno de ellos. Cuando se percatan de tal cosa, el cambio comienza a producirse. Toman conciencia de que son libres para analizar la ideología –cualquiera que sea– que traen consigo. Además, nosotros no les damos la respuesta. ¿Cómo podríamos hacerlo? Sólo uno mismo puede saber qué es realmente importante para él. Una vez que han asumido esto, critican las posiciones de su grupo y escuchan cómo otras personas, de grupos opuestos, hacen lo propio.

El proceso no se basa en una simple teoría del contacto, de acuerdo con la cual cabe suponer que las personas, si se encuentran y construyen una relación entre ellas, terminan modificando sus estereotipos. El objetivo es, más bien, la comprensión: descubrir por

qué otra persona u otro grupo cree, siente y valora lo que cree, siente y valora. ¿Qué experiencias y relatos se hallan detrás de estos posicionamientos? El hecho de que los participantes lleguen a comprender esto no garantiza que se alcance un resultado positivo: pueden decidir que ahora saben mejor por qué no pueden sino oponerse unos a otros. Sin embargo, también es posible –y, según nuestra experiencia, es lo que casi siempre ocurre– que, una vez que han alcanzado un cierto punto de comprensión mutua, descubran asimismo que tienen mucho en común. Y, habiendo percibido tal cosa, aunque sigan manteniendo posturas opuestas, es improbable que vuelvan a hacer uso de la violencia.

¿Cómo repercute este proceso en los grupos, en cuanto diferentes de los individuos? Los participantes retornan a su propio grupo con lo que han aprendido. Si son personas con influencia, estarán en condiciones de transmitir al grupo más amplio el fruto de su aprendizaje. Lo cual es de esperar que entonces influya en el grupo. Por supuesto, ello depende de muchos factores que escapan al control de «Community Dialogue». Sin embargo, creemos que el proceso sí que ha tenido repercusión, sobre todo en casos en

que varias personas de un mismo grupo han participado en un diálogo. La experiencia nos dice asimismo que la participación de miembros de grupos pertenecientes a ambos lados de zonas de contacto marcadas por la violencia ha contribuido a mejorar el contexto en el que luego han de resolver sus asuntos cotidianos.

Para contextualizar el proceso

En el momento de escribir estas líneas, continúan las negociaciones entre el DUP (Partido Democrático Unionista), liderado por Ian Paisley, y el Sinn Fein, liderado por Gerry Adams, para formar en Irlanda del Norte un gobierno delegado en el que el poder sea compartido. Ambos partidos son considerados extremistas. ¿Cómo es posible que ahora parezcan estar dispuestos –o casi dispuestos– a participar conjuntamente en el gobierno? Quiero pasar revista a tres factores que han contribuido a ello: el papel de los gobiernos británico e irlandés, la situación de tablas en el terreno militar y los líderes paramilitares. Luego, mencionaré algunos rasgos del proceso que también tuvieron su importancia.

El papel de los dos gobiernos

El trasfondo del proceso de paz comienza a perfilarse en 1973. En

aquel año, tanto el gobierno británico como el irlandés ingresaron en la CEE (Comunidad Económica Europea). Lo hicieron por interés propio, con la esperanza de que el Mercado Común les ofreciera la posibilidad de desarrollar sus economías merced al incremento de sus vínculos comerciales con otros países y a la consiguiente apertura de nuevos mercados.

La CEE también respondía en parte a una visión de futuro: en 1880, 1914 y 1939, Francia, Alemania y otros países se habían visto atrapadas en guerras terribles que causaron millones de muertos. Los visionarios que, en 1952, pusieron en marcha la CEE querían construir relaciones políticas entre los países europeos para evitar que pudiera estallar de nuevo una guerra. Lo extraordinario de todo ello es el éxito que ha tenido su proyecto. Desde entonces, entre los miembros de la CEE no ha habido guerra alguna; al contrario, no sólo existe cooperación, sino políticas y leyes comunes relativas a un amplio espectro de la vida europea.

En este contexto, el conflicto de Irlanda del Norte suponía una vergüenza para ambos gobiernos y conllevaba costes económicos; además, la violencia repercutía negativamente en la relación entre los dos países.

El conflicto no tenía interés vital para Estados Unidos, pero, dado el elevado número de votantes de origen irlandés, no resultaba indiferente a los líderes políticos. Se dice que Ronald Reagan planteaba el tema con frecuencia en sus encuentros con Margaret Thatcher. En el caso de Bill Clinton, su implicación fue claramente más allá de las necesidades de su país y sólo puede ser explicada en razón de un interés personal.

Aparte del ingreso en la Comunidad Europea, hubo otros cambios que influyeron en la relación entre Gran Bretaña e Irlanda. Los adelantos militares habidos tras la Segunda Guerra Mundial determinaron que, desde el punto de vista de la seguridad, Irlanda del Norte perdiera importancia para el Reino Unido. No obstante, ciertos intereses británicos permanecieron inalterados. Los británicos siguieron oponiéndose terminantemente a cualquier acuerdo que supusiera el abandono del Reino Unido por Irlanda del Norte en contra del deseo de sus habitantes. Tal posibilidad habría socavado la base de la unión entre los países del Reino Unido, y el gobierno británico no estaba dispuesto a consentirlo. Precisamente por esta razón, el IRA nunca habría podido alcanzar su objetivo de forzar al gobierno británico a

aceptar una Irlanda unida. Por desgracia, incurrió en el error de comparar la actitud del gobierno británico hacia Irlanda del Norte con su actitud histórica hacia las colonias: aunque las colonias nunca fueron parte del Reino Unido, los británicos sólo les concedieron la

*el cambio que se produce
mediante el diálogo no afecta
tanto a la posibilidad de
llegar a un acuerdo cuanto
al mutuo reconocimiento*

independencia cuando existió una mayoría favorable a dicha opción.

Irlanda del Sur, por su parte, ganó confianza en sí misma en cuanto país gracias a su participación en la Comunidad Europea, en pie de igualdad con los otros once Estados. Comenzó a reconsiderar su visión del problema de Irlanda del Norte. La pertenencia a la UE redujo lentamente su dependencia del Reino Unido. A pesar de ello, la necesidad de abordar la cuestión norirlandesa y los cambios graduales en el nacionalismo irlandés condujeron a una relación más estrecha con el Reino Unido. La conexión estadounidense también fue importante para Irlanda del Sur, debido, entre otras razones, a los cuarenta mi-

llones de estadounidenses de origen irlandés.

Entre los años 1973 y 1985, sobre todo en el último año de este periodo, los dos gobiernos se pusieron de acuerdo sobre un análisis y enfoque conjunto del problema, lo que se plasmó en el Acuerdo Anglo-Irlandés de 1985.

*el objetivo de los encuentros
es descubrir por qué otra
persona u otro grupo cree,
siente y valora lo que cree,
siente y valora*

Dicho acuerdo fue la expresión institucional del nuevo y compartido interés de ambos gobiernos en alcanzar un compromiso en relación con el conflicto. En este marco, los dos gobiernos aceptaron que el conflicto enfrentaba a una doble minoría: los nacionalistas eran una minoría en Irlanda del Norte, y los unionistas una minoría en el conjunto de la isla. Cada una de estas minorías tenía aspiraciones diferentes y enfrentadas. Se reconoció el derecho a intentar hacer realidad estas aspiraciones, siempre y cuando se ejerciera de manera pacífica. El gobierno británico concedió al gobierno irlandés un papel consultivo en las decisiones relacionadas

con Irlanda del Norte. Ambos gobiernos aceptaron que, si las dos comunidades norirlandesas estaban de acuerdo, se estableciera un gobierno delegado en el que el poder fuera compartido. Si la mayoría de la población norirlandesa se decantaba por una Irlanda unida, se facilitaría la puesta en práctica de dicha decisión.

Los dos gobiernos salieron ganando del Acuerdo, pues mejoraron sus relaciones y obtuvieron la aprobación de la escena mundial. El elemento nuevo y determinante fue la moderación del nacionalismo con que ambos abordaron el asunto. Lo cual, a la larga, les permitió dejar de ver el problema como un asunto interno, por una parte, y como una cuestión de colonialismo, por otra, para empezar a considerarlo un problema de una doble minoría.

El Acuerdo Anglo-Irlandés significó que ninguna de las dos comunidades existentes en Irlanda del Norte podía usar ya contra la otra al gobierno de Londres o al de Dublín, porque éstos, a pesar de posibles desavenencias entre ellos, reconocían que lo que tenían en común era más que lo que los separaba. Antes de este acuerdo, cada gobierno tendía a actuar como si uno de los grupos de Irlanda del Norte fuera su cliente. Tal acti-

tud fue cambiando poco a poco. Además, funcionarios civiles de ambas jurisdicciones comenzaron a reunirse en la Comunidad Europea varias veces a la semana, lo cual intensificó un proceso que se había iniciado cuando los dos Estados ingresaron en la Comunidad. Eso ayudó a que cada una de las partes comprendiera mejor las necesidades de la otra y puso asimismo de manifiesto cómo funcionaban sus respectivas instituciones.

Conforme al Acuerdo de 1985, los británicos mantuvieron el control de las decisiones finales sobre asuntos controvertidos, como los desfiles. Muchas de tales decisiones se tomaron en contra de los deseos de los unionistas. Con ello, se introdujo un nuevo equilibrio de poder entre unionistas y nacionalistas. Mientras que los nacionalistas no podían culpar al gobierno irlandés por ciertas decisiones —pues éste no tenía poder de decisión en Irlanda del Norte—, los unionistas se vieron confrontados con el hecho de que el gobierno que hasta entonces habían visto como su guardián —el británico— a veces tomaba decisiones que aparentemente iban en contra de sus intereses. No había nada que los unionistas pudieran hacer para evitarlo, como lo aprendieron cuando más de cien mil per-

sonas se manifestaron contra el Acuerdo de 1985, pero no consiguieron que fuera revocado. Tal fracaso suscitó entre los unionistas el sentimiento de haber sido traicionados y originó gran parte de la amargura que siguió al Acuerdo.

El doble alto el fuego proclamado por el IRA y por los unionistas en 1994, a pesar de que fue roto posteriormente, abrió la posibilidad de que antiguos paramilitares se incorporaran al proceso político. Ya existían conversaciones entre los partidos constitucionalistas, pero no habían tenido demasiado éxito. Sin embargo, el doble alto el fuego introdujo en la situación una nueva forma de actuar y llevó a que, finalmente, todos los partidos (el DUP fue una notable excepción) aceptaran los compromisos en un nuevo acuerdo firmado en 1998 (conocido como el Acuerdo de «Viernes Santo», pero también como el Acuerdo de «Belfast»). En cierto sentido, se trataba simplemente de una estructura política que exteriorizaba la realidad básica de Irlanda: tanto los unionistas como los nacionalistas tenían suficiente fuerza política y militar para asegurar que no podría haber un gobierno delegado sin el consentimiento de ambas partes. Tal exigencia de consenso impregna todo el Acuerdo.

El Acuerdo tiene tres ramales: Ramal 1: cuestiones internas de Irlanda del Norte (asuntos relacionados con la Asamblea y con el Ejecutivo, así como la exigencia de que exista consenso entre unionistas y nacionalistas para aprobar mociones controvertidas). Ramal 2: estructuras Norte-Sur (organismos que se ocupan de asuntos tales como vías fluviales, turismo, educación y transporte, con la sección Norte teniendo que rendir cuentas ante la Asamblea y la Sur ante el Parlamento irlandés). Ramal 3: instituciones irlandesas-británicas.

Incluía asimismo, junto a una mención de pasada a las víctimas, una serie de compromisos del gobierno británico para crear comisiones que revisaran el sistema policial (posteriormente, la Comisión Patten), la justicia penal y el respeto a los derechos humanos, así como para fomentar las lenguas gaélica y escocés-irlandesa.

Las estructuras establecidas por el Acuerdo se han venido abajo con frecuencia a lo largo del proceso. Sin embargo, los cambios de mayor alcance han perdurado. Así, por ejemplo, el gobierno de Londres puede optar por seguir los consejos del gobierno de Dublín o incluso llegar a un trato sobre cambios en el sistema policial, etc.,

con los republicanos sin el consentimiento de los unionistas. Ni los políticos norirlandeses ni el pueblo norirlandés pueden bloquear a los dos gobiernos si éstos deciden actuar conjuntamente en asuntos que estén bajo su jurisdicción. Además, sólo tendrán poder dentro de Irlanda del Norte si actúan al unísono.

Así pues, la decisión de trabajar conjuntamente que los dos gobiernos adoptaron gradualmente tras su ingreso en la U.E. estableció un marco en el que los partidos norirlandeses se han visto obligados a operar, quieran o no.

La situación de tablas en el terreno militar

Los pacifistas olvidan con frecuencia que el Acuerdo de 1998 no habría sido posible sin la situación de tablas en el terreno militar: los británicos no podían derrotar al IRA, el IRA no podía derrotar a los británicos. Tanto unos como otros eran conscientes de este hecho muchos años antes de los anuncios de alto el fuego, pero ello no era suficiente para poner fin a la violencia. Fue la combinación del marco establecido por los dos gobiernos y la situación de tablas en el terreno militar lo que hizo que los republicanos no pudieran dejar de plantearse la si-

guiente pregunta: ¿querían continuar con la violencia aun sabiendo que no podían alcanzar su objetivo de obligar al gobierno británico a retirarse de Irlanda, o preferían buscar alguna vía política para avanzar hacia su objetivo? El problema con esta pregunta radicaba en que, tradicionalmente, los republicanos consideraban cualquier paso hacia la política como una traición al movimiento. El ascenso de Gerry Adams en el IRA estuvo directamente asociado con una división en torno a esta cuestión, en la que Adams, en aquel momento, apoyó a los militaristas. Sin embargo, fue el mismo Adams quien, en algún momento a finales de la década de mil novecientos ochenta, comenzó a dar pasos hacia el constitucionalismo.

Los líderes paramilitares

A las «palomas» (partidarios de la negociación) del IRA, les fue de mucha ayuda la respuesta que tuvieron las huelgas de hambre de 1981. Diez prisioneros murieron y más de sesenta personas perdieron la vida en disturbios callejeros; mientras tanto, el Sinn Fein, no sin grandes vacilaciones, presentó a Bobby Sands a las elecciones para el parlamento de Westminster... y ganó. Lo cual les reveló las posibilidades de la polí-

tica. En los años siguientes, se consolidó un claro patrón según el cual el voto incrementaba cuando disminuía la violencia y viceversa. No obstante, la senda seguida por Adams dentro del movimiento era a la vez difícil y peli-

actualmente continúan las negociaciones entre el Partido Democrático Unionista y el Sinn Fein para formar gobierno en Irlanda del Norte; ambos partidos son considerados extremistas

grosa. Tampoco era ineluctable que se llegara a un alto el fuego, que luego, de hecho, se proclamó en 1994.

Por su parte, los unionistas respondieron al alto el fuego del IRA proclamando el suyo propio trece semanas más tarde. Este paso también exigió capacidad de liderazgo. Los unionistas siempre habían dicho que su violencia era reactiva: lo único que estaban haciendo era defender del IRA a su país. En pura lógica, si el IRA cesaba en sus acciones, ellos debían hacer lo propio. Pero, en este tipo de situaciones, no siempre se cumple la lógica, y Gusty Spence y

otros tuvieron que resolver delicadas negociaciones para conseguir que se decretara el alto el fuego.

Otros factores que influyeron en el proceso

Lenguaje ambiguo. Hubo otros factores importantes. Uno de ellos fue el lenguaje ambiguo. La única parte del Acuerdo de 1998 que pa-

los tres factores que han contribuido al actual acercamiento son la colaboración de los gobiernos británico e irlandés, la situación de tablas en el terreno militar y la actuación de los líderes paramilitares

recía absolutamente clara era la que incluye las cláusulas sobre el principio de consentimiento: que no habría cambio alguno en el *status* constitucional de Irlanda del Norte sin un consentimiento mayoritario tanto en Irlanda del Norte como en Irlanda del Sur. Todo lo demás, o casi todo, quedaba sujeto a interpretación. Por ejemplo, la contrapuesta interpretación de las cláusulas de desarme que hacía cada uno de los

bandos: los unionistas decían que tales cláusulas significaban que el IRA debía entregar las armas en el plazo de dos años tras la firma del Acuerdo; los republicanos, que las armas desaparecerían cuando las estructuras políticas tuvieran estabilidad.

Esta ambigüedad contribuyó a mantener vivo el proceso: los dos bandos podían transmitir algo positivo a sus propios seguidores, aunque sus respectivos mensajes se contradijeran mutuamente. Sin embargo, a medida que el proceso fue avanzando, la ambigüedad se hizo cada vez más contraproducente. Poco a poco, llevó a que la mayoría de los unionistas rechazara el proceso, porque sentían que habían sido engañados. A ello contribuyó también el hecho de que, puesto que continuaba habiendo violencia de baja intensidad, no habían conseguido la paz que esperaban cuando votaron a favor del Acuerdo. El proceso ha alcanzado ahora un punto en el que, para que pueda llegarse al entendimiento entre el DUP y el Sinn Fein, será necesaria —en vez de ambigüedad— la mayor claridad posible sobre la cuestión de las armas.

La larga duración del proceso

Éste es un factor que los comentaristas suelen pasar por alto. A me-

nudo, el proceso parecía muerto o, como solía decirse, «conectado a una máquina de mantenimiento de las constantes vitales». Pero el hecho de que ambos gobiernos puedan mantener todavía bajo su poder diversas instituciones, aun cuando la Asamblea delegada de Irlanda del Norte se halle suspendida —lo que ha ocurrido cuatro veces—, significa que el proceso nunca ha llegado a estar completamente muerto. En diferentes momentos, tanto los dos gobiernos como los paramilitares han contribuido a su supervivencia. Ello se ha traducido en que algunos asuntos sumamente polémicos, aunque siguen siendo importantes, poco a poco han ido perdiendo parte de su carga emocional. Así, no hay en la actualidad ningún tema del que se tenga tanta seguridad de que aburrirá soberanamente a la gente como la cuestión del desarme, aunque se trate de un asunto muy delicado. Ese aburrimiento, que es resultado de la larga duración del proceso, ha dado a los políticos más margen de movimiento, lo cual, a su vez, ha redundado en beneficio del proceso.

Obstáculos al proceso

De estos me ocuparé de manera bastante breve. Algunos ya han

sido mencionados más arriba. Los tres principales fueron el desarme, la estabilidad de las instituciones y el sistema policial.

Desarme

En este punto, los argumentos eran simples, al menos a juzgar por las apariencias. Para los unionistas, resultaba inconcebible que el Sinn Fein participara en el gobierno mientras todavía estuviera vinculado al IRA, que era un ejército privado. Los republicanos decían que querían que las armas desaparecieran por completo de Irlanda. El modo de conseguirlo era, según ellos, mostrando que la política funcionaba. Forzar el asunto podía ocasionar divisiones, y también muchos tenían la impresión de que los unionistas pretendían que los republicanos se rindieran, algo que éstos no estaban dispuestos a hacer.

El asunto ha condicionado el proceso desde el principio mismo. Se podría mostrar que los británicos fueron los primeros en darle tanta importancia. La lógica de la posición unionista es obvia. ¡Pero, a veces, los procesos de paz funcionan mejor sin lógica! Personalmente, yo creía que los republicanos nunca entregarían las armas. Sin embargo, lo han hecho en tres ocasiones y ahora parecen decidi-

dos a llevar a término el proceso. Por su parte, los unionistas, a través del UUP (Partido Unionista del Ulster), liderado por David Trimble, compartieron gobierno con el Sinn Fein en cuatro ocasiones, fiándose de la promesa de que se producirían avances. Tal decisión les acarreó duras críticas del DUP, el cual, finalmente, les superó en las urnas en 2003.

Estabilidad de las instituciones

Muchos nacionalistas creían que el tema de la entrega de armas estaba siendo utilizado por los unionistas para eludir la participación en el gobierno junto al Sinn Fein. Si bien no cabe duda de que compartir el poder con el Sinn Fein era un trago sumamente amargo para los unionistas, yo creo que, de hecho, la mayoría estaba dispuesta a pasar por ahí, siempre y cuando tuviera la impresión de que la guerra había concluido. Como símbolo del fin de la guerra, eligieron el desarme. Al hacerlo, dieron a los republicanos una carta que permitió a éstos obtener generosas concesiones a cambio de cada entrega de armas. Pero, mientras que los unionistas tenían que ser convencidos de que la guerra había terminado, a los republicanos había que convencerlos de que, si entregaban

las armas, las instituciones políticas tendrían estabilidad.

Sistema policial

La policía norirlandesa (RUC, *Royal Ulster Commando*) se encontraba en primera línea de la lucha contra el IRA desde que el gobierno británico decidió en 1976 que el ejército no debía cargar con el grueso de las bajas ocasionadas por el conflicto. Esta decisión se adoptó porque las muertes de soldados eran, para el gobierno británico, políticamente mucho más costosas que las de policías norirlandeses. En consecuencia, los republicanos odiaban a la policía; los unionistas los veían como sus salvadores. Esto hizo que cualquier reforma del sistema policial fuera ardientemente protestada.

En el Acuerdo de 1998, se renunció a abordar la cuestión. En vez de ello, las partes implicadas convinieron en que el gobierno británico creara una comisión independiente encargada de presentar recomendaciones. Una vez que la Comisión Patten hubo redactado su informe, el caballo de batalla pasó a ser hasta qué punto había que implementar sus sugerencias.

En la práctica, por supuesto, muchas de las discusiones, lejos de

girar en torno a cuál era el mejor sistema policial, tenían carácter político. Los unionistas lamentaban que el nombre antiguo se cambiara por el de *Police Service of Northern Ireland*; por su parte, los republicanos querían que se aboliera el Servicio Especial, porque éste había desempeñado un papel destacado en la guerra secreta contra ellos. Hasta la fecha, el Sinn Fein no ha ocupado su lugar en la Junta Policial, pero se confía en que pronto lo haga.

Abordar el pasado

El pasado ha dominado hasta hace poco las discusiones sostenidas en el marco de «Community Dialogue». Esto no tiene nada de sorprendente, dada la conmoción originada por el conflicto. En él, han muerto cerca de cuatro mil personas... de una población de millón y medio. Decenas de miles resultaron heridas de gravedad o perdieron a seres queridos. Más de quince mil personas han pasado por la cárcel. Sin embargo, parece haber un número limitado de opciones para abordar este trauma, y cada una de ellas tiene sus problemas. Se me ocurren cinco de tales opciones: justicia, verdad, reconciliación, amnesia, una mezcla de algunas de (o todas) las opciones anteriores

Justicia

«Justicia» puede significar cosas diferentes. Cuando ya se ha dejado atrás el conflicto, suele significar castigo. Las víctimas están resentidas. Quieren ver encarcelados a los autores de los crímenes. Desde un punto de vista social, el

*Gran Bretaña e Irlanda
aceptaron que el conflicto
afectaba a dos minorías: la
nacionalista en Irlanda del
Norte y la unionista en el
conjunto de la isla, cada una
con sus propias aspiraciones*

castigo es muy importante (si bien la cárcel no es el único, ni necesariamente, el mejor castigo). Sin embargo, en un conflicto del tipo guerra civil, es probable que el castigo sólo sea contemplado como opción si uno de los bandos gana, y lo que resultará será la justicia de los vencedores, que, seguramente, no tendrá demasiada base objetiva. En el contexto de Irlanda del Norte, no hubo vencedor: la violencia concluyó en una situación de tablas. Como parte del Acuerdo de 1998, todos los prisioneros paramilitares fueron liberados en el plazo de dos años. Esto significa que quienes desean

que haya castigo no van a poder ser contentados. Desde luego, en el supuesto de que el castigo fuera viable, sería improbable que los victimarios pertenecientes a las fuerzas de seguridad recibieran el mismo trato que el resto.

En zonas desfavorecidas de Irlanda del Norte, han surgido planteamientos de justicia reparadora. Con su ayuda, se ha intentado abor-

*en la década de los ochenta
se consolidó una constante
según la cual el voto
republicano incrementaba
cuando disminuía la
violencia, y viceversa*

dar el crimen social ordinario. Tal modelo de justicia implica que los criminales han de encontrarse cara a cara con sus víctimas y tomar conciencia de las consecuencias de sus acciones. Hasta cierto punto, tal estrategia guarda relación con la segunda manera de tratar con el pasado: la búsqueda de la verdad.

Verdad

La experiencia de Sudáfrica ha influido enormemente en Irlanda del Norte, y muchos grupos han visitado aquel país. (En una oca-

sión, Nelson Mandela tuvo que dar por separado la misma charla a dos grupos, porque los unionistas no estaban dispuestos a sentarse en la misma sala que los republicanos). Sin embargo, como ya hemos mencionado más arriba, los dos conflictos son diferentes: en Sudáfrica, ganó uno de los bandos. Se presionó a los victimarios para que contaran la verdad: si no lo hacían, no eran amnistiados. En Irlanda del Norte, donde tales presiones no existen, ¿por qué habrían de contar la verdad los victimarios pertenecientes a las fuerzas de seguridad o a los paramilitares? Durante la investigación del *Bloody Sunday* (Domingo Sangriento) de Derry, el ministro de defensa del gobierno británico «perdió» las pistolas que habían sido usadas para perpetrar los crímenes, lo que no sorprendió a nadie. Crear una comisión «voluntaria» de la verdad, a la que acudan los victimarios y las víctimas que deseen, respectivamente, decir y escuchar la verdad sobre un determinado asunto, tiene quizá sentido, pero es difícil que pudiera funcionar con un planteamiento más ambicioso.

Reconciliación

El concepto de «reconciliación» es especialmente atractivo para los

cristianos, dado el énfasis evangélico en el amor a los enemigos. Pero también es un término impreciso que se usa en sentidos contradictorios, algunos de los cuales son interesados y pueden causar daños. Los cristianos deben tener asimismo cuidado de no aplicar conceptos evangélicos a la sociedad sin tomarse el duro trabajo de desarrollar una filosofía política adecuada a modo de instancia intermedia. Desatender esta tarea equivale a no respetar la autonomía de los procesos seculares.

Tengo la impresión de que, en la situación del Norte de Irlanda, «reconciliación» se utiliza en dos contextos diferentes. Uno de ellos se centra en los llamamientos a las víctimas para que perdonen. Entre los protestantes, también se insiste en la necesidad de que los victimarios se arrepientan. Pero, por supuesto, existen grandes discrepancias entre los distintos bandos acerca de quién es un criminal y quién un valeroso miembro de las fuerzas de seguridad, que no hizo sino cumplir con su obligación o, según el caso, un luchador por la libertad combatiendo patrióticamente por su país. En este contexto, al igual que ocurre con la cuestión de la verdad, es difícil de ver en qué sentido puede ser útil el concepto de reconciliación,

si es empleado para referirse al perdón o al arrepentimiento.

Un segundo uso de «reconciliación» es el que realizan grupos comunitarios que solicitan subvenciones de la UE Y es que la reconciliación es uno de los criterios para la concesión de tales subvenciones. De nuevo, no está claro qué significa esta palabra. En la práctica, los grupos tratan de mostrar que se implicarán de algún modo con personas pertenecientes a la tradición opuesta.

Por último, merece la pena hacer una búsqueda en internet para tomar nota de la miríada de formas, con frecuencia contradictorias entre sí, en que se utiliza este término. Para mí, como es evidente, la visión cristiana tiene una enorme importancia. Ahora bien, es necesario aplicarla desde la sensibilidad hacia los victimarios tanto como hacia las víctimas, con el fin de no imponer cargas adicionales e inapropiadas. Además, conforme uno pasa del individuo que se debate con su trauma psicológico al conflicto intergrupale e interestatal, ya no da tan buen resultado.

Amnesia

La amnesia es atrayente sobre todo para quienes no han sufrido

demasiado en el conflicto o para quienes se han dado cuenta de que no pueden hacer nada al respecto y de que la amargura sólo les destruirá a ellos mismos, no a los demás. Pero, por supuesto, ninguna sociedad puede olvidar simplemente el pasado. En este contexto, sería interesante aprender de la experiencia vivida por los españoles a la hora de abordar el recuerdo de su guerra civil: ¿cuál es la razón de que ahora la gente esté descubriendo –y hablando sobre– las fosas donde yacen quienes fueron asesinados? ¿Acaso el que sólo ahora resulta seguro hacerlo?

Una mezcla de las anteriores

Esta estrategia ofrece la ventaja de poder quedarse con lo mejor de cada uno de los enfoques anteriores y rechazar el resto. Parte de la aceptación de que todos los enfoques tienen pros y contras. Sin embargo, existe una cuestión decisiva que afecta por igual a los distintos enfoques: cualquiera de ellos puede ser usado como medio bien para permanecer dominados por el pasado, bien para pasar a una situación en la que ya no estemos dominados por él. En las actividades organizadas por «Community Dialogue» a lo largo

de los años, muchas personas han contado la historia de su sufrimiento. A algunas, esto les ha ayudado a dar un paso hacia delante; a otras, les ha llevado a quedarse atascadas. Tanto en el plano individual como en el comunitario, hemos de encarar el reto de asegurarnos de que no nos vamos a quedar atascados. Al gobierno se le plantea un problema específico: ¿cómo encontrar un lenguaje para hablar sobre el pasado y recordarlo de modo tal que se reconozca el dolor de quienes sufrieron, se les ayude económica y simbólicamente y, al mismo tiempo, no se dé pie a que los grupos de víctimas permanezcan en escena hasta dentro de cincuenta años? No conozco la respuesta a esta pregunta, pero sé que es importante.

Opciones para el futuro

Existen tres grandes opciones para el futuro de Irlanda del Norte: una Irlanda del Norte consensuada, una Irlanda del Norte dividida, una Irlanda unida. Una cuarta opción, que tiene su atractivo, es una Irlanda del Norte semiautónoma dentro de la UE, pero es una alternativa que no me parece probable.

Una Irlanda del Norte consensuada

Una Irlanda del Norte consensuada sería, sin duda, atrayente. Ello significaría que toda la energía, todos los recursos y toda la destreza que hemos invertido en matarnos y abusar unos de otros durante más de treinta años estarían disponibles para construir una nueva sociedad basada en el respeto y en la que el problema de la pobreza, por ejemplo, podría ser abordado con seriedad.

Las probabilidades de que esto ocurra son escasas. Desde el Acuerdo de 1998, el grado de segregación en Irlanda del Norte, lejos de disminuir, ha aumentado. La mayoría de los bloques de viviendas sociales están ocupados en un noventa por cien ora por protestantes, ora por católicos, y no hay indicios de que ello vaya a cambiar. Los casos de los que se tiene conocimiento parecen indicar que el sectarismo va a más. El restablecimiento de un ejecutivo propio con poder compartido, siempre y cuando cuente con la aprobación del DUP y el Sinn Fein, podría hacer que se produjeran cambios a este respecto, pero eso está por ver.

El progreso hacia una Irlanda del Norte consensuada se vería favorecido si el Sinn Fein modificara

un aspecto de su política. En la actualidad, abogan por una Irlanda unida en la que Irlanda del Norte dejaría de existir en cuanto entidad política. Si, en vez de ello, apostaran por una estructura federal, en la que Irlanda del Norte continuara existiendo en cuanto tal y en la que la responsabilidad global fuera asumida por el gobierno de Dublín y no por el de Londres, los miedos de los unionistas se apaciguarían. Hoy por hoy, muchos unionistas y nacionalistas cuentan con que, más tar-

la larga duración del proceso de paz ha podido incluso aburrir a la gente, pero ha dado a los políticos más margen de maniobra en beneficio del propio proceso

de o más temprano, surgirá una Irlanda unida. Como veremos enseguida, esta creencia no tiene fundamento; no obstante, alimenta innecesariamente los miedos unionistas. Además, sería de gran ayuda que el Sinn Fein se declarara favorable a que, en una Irlanda unida, continuaran las disposiciones actualmente vigentes bajo el Acuerdo de 1998, que requiere que las decisiones más importantes cuenten con el respaldo de ambas comunidades.

Una Irlanda del Norte dividida

Una Irlanda del Norte dividida parece la alternativa más probable para el futuro inmediato. Esta solución podría ir acompañada de paz o implicar un nivel bajo de violencia permanente. Ahora parece probable que el DUP y el Sinn Fein lleguen a un acuerdo, bien en fechas inmediatas, bien poco después de las elecciones para el Parlamento de Westminster, que se esperan para mayo de

*aunque tendemos a ver la
botella medio vacía, el
proceso de paz en Irlanda del
Norte ha logrado progresos
asombrosos*

2005. A la larga, tal acuerdo podría ser beneficioso para las relaciones sobre el terreno. Pero el sectarismo sigue siendo un agudo problema en Irlanda del Norte. Recientemente, los ataques racistas han aumentado, sobre todo en zonas protestantes.

En una Irlanda del Norte dividida, los principales partidos políticos continuarán discrepando sobre nuestro pasado, nuestro presente y nuestro futuro. Por muy lamentable que esto sea, no hay por qué descartar la posibili-

dad de que el gobierno delegado funcione adecuadamente.

Una Irlanda unida

Éste es el resultado que muchos esperan. En realidad, sin embargo, es, con mucho, el más improbable. En este artículo, he defendido que el nuevo marco establecido por los dos gobiernos ha contribuido en gran medida a los progresos vividos en Irlanda del Norte. Ambos continuarán actuando al servicio de sus propios intereses. Uno de los elementos de tal actitud es que los problemas de Irlanda del Norte han de quedar confinados a Irlanda del Norte. No me imagino a ninguno de los dos gobiernos apoyando con entusiasmo una redefinición de fronteras, con toda la inestabilidad que ello conllevaría. Las implicaciones en el terreno de la seguridad son, por sí solas, enormes: ¿cuál de los dos ejércitos actuaría como respaldo de la policía? No cabe duda de que, en el contexto de una Irlanda unida, tendría que ser el ejército irlandés. Es difícil ver tal cosa como una posibilidad realista en zonas protestantes fundamentalistas.

Conclusión

Cuando llego a la conclusión de este artículo, mi próxima tarea es

intentar convencer a un varón miembro del DUP para que asista a un seminario de varios días organizado por «Community Dialogue» al que acudirán republicanos. No tengo muchas esperanzas de lograrlo. En las conversaciones que hemos mantenido hasta la fecha, insiste en que no le ve mucho sentido. Sobre mi libro, recientemente publicado, me dijo que no se trataba sino de un punto de vista «jesuita» –un comentario que divirtió a mis compañeros jesuitas, pues nosotros, como los jesuitas de cualquier otro sitio, disintimos, por supuesto, sobre casi todos los temas–. Sin embargo, a pesar de las dificultades para hacer avanzar el diálogo, el proceso de paz en Irlanda del Norte ha logrado progresos asombrosos. Con frecuencia, no es ésa la impresión que da. Tendemos a ver la botella medio vacía, no medio llena.

Hace ahora diez años que el IRA proclamó su primer alto el fuego. Si me hubieran dicho entonces que el IRA entregaría sus armas, que el Sinn Fein se convertiría en el principal partido nacionalista, ocuparía sus escaños en la Asamblea del Irlanda del Norte y tendría ministros en un gobierno delegado por Westminster, que el

DUP participaría junto a ellos en el gobierno y que empezaría a hablarse de la disolución del IRA (aunque soy escéptico al respecto), simplemente me habría reído y habría asegurado que nada de eso era posible.

Sin embargo, ha sucedido. Todavía tenemos un largo camino que recorrer. Pero deberíamos estar agradecidos de que hayamos podido avanzar todo lo que hemos avanzado. ■

[**Nota biográfica:** Brian Lennon es un jesuita que ha trabajado en Irlanda del Norte durante los últimos veinticinco años. En la actualidad, ejerce como asesor responsable de programas en «Community Dialogue», una organización que fomenta las conversaciones sobre asuntos políticos entre grupos enfrentados. También es director del Centro Jesuita de Fe y Justicia de Irlanda. Su libro más reciente es: *Peace Comes Dropping Slow: Dialogue and Conflict Management in Northern Ireland* [La paz se acerca poco a poco: diálogo y gestión de conflictos en Irlanda del Norte], Community Dialogue, 2004, disponible en www.communitydialogue.org.

dos quantos avia en la venta, y algunos en pie, frontero del retablo, y acomodados Don Quixote, Sancho, el page, y el primo en

los mejores lugares, el tpusaman comenzó a decir lo que oirá, y verá el que leyere, ò viere el capítulo siguiente.

CAP. XXVI. Donde se prosigue la graciosa aventura del Titerero, con otras cosas en verdad muy buenas.



Callaron todos Tyrios, y Troyanos; quiero decir, pendientes estaban todos los que el retablo miraban de la boca del declarador de sus maravillas, quando se oyeron sonar en el retablo cantidad de atabales, y trompetas, y dispararse mucha artilleria, cuyo rumor pasó en tiempo breve, y luego alzó la voz el muchacho, y dixo: Esta verdadera historia, que aquí à vuestras mercedes se representa, es sacada al pie de la letra de las Coronicas Francesas, y de los Romances Españoles, que andan en boca de las gentes, y de los muchachos por estas calles: trata de la libertad, que dió

el señor Don Gayferos à su esposa Melifendra, que estaba cautiva en España, en poder de Moros, en la Ciudad de Sanfueña (que así se llamaba entonces la que oy se llama Zaragoza) y vean vuestras mercedes allí, como está jugando à las tablas Don Gayferos, según aquello que se canta: Jugando está à las tablas Don Gayferos, que ya de Melifendra está olvidado; y aquel personaje que allí asoma con corona en la cabeza, y cetro en las manos, es el Emperador Carlo Magno, padre putativo de la tal Melifendra, el qual molino de ver el ocio, y desuido de su yerno, le sale à reír; y advierten con la

yché.

2005: AÑO CENTENARIO DEL QUIJOTE
EDICIÓN DE 1735: TOMO SEGUNDO, PÁGINA 143
BIBLIOTECA DE LA UP COMILLAS. Madrid. 2005: